

## LA GRAFÍA *CON-* ANTE LABIAL EN LATÍN

Olga Álvarez Huerta

Universidad de Oviedo

---

### ABSTRACT

*It is traditionally accepted that in Latin all postnuclear nasals adopt the point of articulation of the following consonant and that, as a consequence, all cases where assimilation is not reproduced in writing, e.g. the preverb com- written con- before a labial, have to be considered as etymological, analogical or hypercorrect spellings. This work concludes that, at least when n is written before a labial consonant, it must be considered to be phonetic.*

---

Este trabajo se propone profundizar en las razones por las que en los textos latinos el prefijo *com-* adopta en numerosas ocasiones la forma *con-*, la reconocida tradicionalmente como fonética sólo ante consonante dental, también consonante labial. La forma más antigua del prefijo es *com-*, idéntica etimológicamente a la preposición *cum* según ya afirma Prisciano<sup>1</sup> y reconocen todos los estudiosos sin excepción<sup>2</sup>. Dicho prefijo, por evolución fonética, se convertiría en *con-* ante consonante dental, mientras que mantendría la nasal bilabial ante una consonante del mismo punto de articulación. Pues bien, para explicar que *con-* se haya empleado también ante consonante labial se han propuesto distintas interpretaciones que difieren muy poco en cuanto a resultados, pues coinciden en propugnar una reconsideración en época antigua según la cual la forma *con-*, con nasal dental, habría pasado a ser la entendida como etimológica, sin serlo.

<sup>1</sup> Cf. Prisc., Keil, *GL* III, 39, 29 s: «omnes monosyllabae praepositiones... et componi et separari possunt, excepta "cum", pro qua "con" in compositione semper invenitur praepositiva, eandem significationem habens quam "cum" praepositio..., nec scriptura tamen multum discrepat: antiqui enim pro cum "com" scribebant».

<sup>2</sup> Puede verse su etimología en A. ERNOUT y A. MEILLET, *Dictionnaire Etymologique de la Langue Latine*, París, 1967, s. u. *cum*. García Calvo postula *n* como la nasal primitiva en la conjunción *quom*, *cum*, haciéndola proceder de \**quo en*; pero conjunción y preposición, aunque por evolución fonética lleguen a ser homófonas, tienen orígenes distintos (cf. A. GARCÍA CALVO, «*Quom* y la anástrofe primitiva», *Emerita* XIX, (1951), p. 157-190).

Así, por ejemplo, Sommer-Pfister, Leumann, B. Löfstedt y Traina<sup>3</sup> sostienen que la forma adoptada por el prefijo originariamente sólo ante consonante dental, pasa a extenderse analógicamente a todos los compuestos en cuya formación interviene, lo que tiene como consecuencia una reinterpretación de *con-*, que pasa entonces a considerarse como la forma originaria de ese prefijo. Por su parte, M. Bonnet<sup>4</sup> cree que esa nueva interpretación de la grafía *con-* como etimológica proviene de su equiparación con el prefijo *in-* en virtud de la siguiente ecuación: si *impono* = *inpono*, *compono* = *conpono*. También S. Mariner<sup>5</sup> entiende que en el hecho de que se llegue a escribir *con-* ante consonante labial subyace una cuestión meramente gráfica: las letras *m* y *n* se usan promiscuamente debido a que el mismo prefijo unas veces se escribe con *m* y otras con *n*. Hasta aquí las interpretaciones propuestas.

Para el caso de los prefijos *com-* e *in-* sí podrían servir las explicaciones anteriores, puesto que del mismo modo que se testimonian ejemplos como *conductus*<sup>6</sup>, también se hallan otros del tipo *imdeprehensibilis*<sup>7</sup>. Sin embargo, hay algunos indicios de que es *com-* la forma entendida como etimológica por los escribas; por ejemplo, en las inscripciones republicanas editadas por Degrassi es más frecuente *com-* ante labial que *im-* ante labial, y es significativo que en la misma inscripción se escriba *componito*, pero *inponito*<sup>8</sup>.

De cualquier forma, y a pesar de estas últimas consideraciones, la influencia recíproca de un prefijo sobre otro es bastante verosímil: la grafía *con-* ante labial podría ser analógica de las grafías *in-*, y como consecuencia de esta influencia, aquella habría podido llegar a ser interpretada como etimológica, aunque en su origen no lo fuera. El problema es que las grafías *n* por *m* no se circunscriben exclusivamente al prefijo *com-*, sino que a lo largo de toda la latinidad, de manera esporádica pero continuada, se prolonga el mismo tipo de grafías erróneas en interior de palabra y también en final de palabra, en contra de la etimología y de la práctica ortográfica normal del latín. Algunos estudiosos, intentando explicar tales anomalías, se ven obligados a recurrir a complicados juegos de analogías; así, por

<sup>3</sup> F. SOMMER y R. PFISTER, *Handbuch der Lateinische Laut- und Formenlehre* I, Heidelberg, 1977, 4ª ed., p. 195-196; M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, Munich, 1977, 2ª ed., considera grafías etimológicas *inperium*, *conlega* p. 194; B. LÖFSTEDT, *Studien über die Sprache der langobardischen Gesetze*, Upsala, 1961, p. 198-199; A. TRAINA, *L'alfabeto e la pronunzia del latino*, Bolonia, 1973, 4ª ed., p. 45.

<sup>4</sup> M. BONNET, *Le latin de Gregoire de Tours*, Hildesheim, 1968, reprod. 1ª ed. 1890, p. 178.

<sup>5</sup> S. MARINER, *Inscripciones hispanas en verso*, Barcelona, 1952, p. 45.

<sup>6</sup> Es un ejemplo citado por M. LEUMANN, *op. cit.*, p. 194.215.

<sup>7</sup> Ejemplo tomado de E. DIEHL, *Vulgärlateinische Inschriften*, Bonn, 1910, p. 37, núm. 408.

<sup>8</sup> A. DEGRASSI, *Inscriptiones Latinae Liberae Reipublicae*, Florencia, 1972, 1ª reimpres., tomo II, núm. 518, p. 48-50.

ejemplo, según Carnoy<sup>9</sup>, *december* se habría interpretado como compuesto y la nasal final de *decem* habría sido objeto de la misma incertidumbre que reinaba en los compuestos de *in* y *con*. Recuérdese que en *decem* y, por lo tanto, en *december* la *m* es etimológica (cf. *decimus*), a diferencia de *novem*, en cuya fijación gráfica es comúnmente aceptado que la influencia de *decem* ha sido decisiva, pues la nasal final originaria tuvo que ser *n* (cf. *novenus*)<sup>10</sup>. Sostiene también Carnoy que en *semper* se habría escrito *n* por extensión ortográfica a partir de *implere*, *conplere*, mientras que en *Ponponius* la segunda sílaba habría influido en la ortografía de la primera por un proceso de aliteración que califica como natural. Por su parte, Väänänen<sup>11</sup> considera grafías inversas o «etimológicas» *simplex*, *canpanus*, *anpillus*, que aparecen en las inscripciones pompeyanas. Pero, al menos en *simplex*, la *n* no es etimológica (cf. *similis*), y en los otros dos casos probablemente tampoco. Otros, como M. Bonnet<sup>12</sup>, renuncian a cualquier intento de explicación de tales grafías y afirman que son simplemente inexplicables. Sólo B. Löfstedt<sup>13</sup>, ante el importante contingente de ocurrencias de *n* por *m* en el prefijo *com-* a pesar de hallarse ante *p* y *b*, ha llegado a postular que esa nasal haya podido pronunciarse efectivamente como *n*. Aduce precisamente Löfstedt el ejemplo del español antiguo, donde la escritura sistemática de *n* por *m* en tales contextos fónicos podría, siempre en opinión suya, reflejar el mismo hecho.

Los testimonios del cambio de *m* en *n* en inscripciones y papiros tienen lugar, como hemos dicho, en interior de palabra y también en final. Hemos comprobado que en interior de palabra, mientras que aparece *n* por *m*, no ocurre lo contrario —es decir, que se escriba *m* ante consonante dental—, a excepción de algunos casos entre los que podemos citar, junto a ejemplos en que *m* es sin lugar a dudas etimológica, como *quantus*, *tamtus* o *clandestinum*, en cuya formación interviene el adverbio *clam*<sup>14</sup>, otros de origen ya no tan claro, pues se trata de adjetivos y, en menor medida, sustantivos, de tema en *-nt-* y *-nd-*, con testimonios en inscripciones del tipo *damdumve*, *tuemdam* o *sentemtiām*<sup>15</sup>. Aunque fuera la nasal labial la que se restituyera para el indoeuropeo —para las formas primitivas se ha llegado a postular

<sup>9</sup> A. J. CARNOY, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, Hildesheim-Nueva York, 1971, p. 170.

<sup>10</sup> A. ERNOUT, *Morphologie historique du latin*, París, 1953, p. 108.

<sup>11</sup> V. VÄÄNÄNEN, *Le latin vulgaire des inscriptions Pompéiennes*, Berlín, 1966, 3ª ed. revisada y aumentada, p. 66.

<sup>12</sup> M. BONNET, *op. cit.*, p. 171, nota 1.

<sup>13</sup> B. LÖFSTEDT, *op. cit.*, p. 205.

<sup>14</sup> Vel. Long., H. Keil, GL VII, 78, 17: «dicimus clandestinum, cum ab eo trahatur quod est clam». de Cf. *Archivum Latinitatis Medi Aevi*, 1924, p. 109.

<sup>15</sup> Hemos tomado esos ejemplos de E. Seelmann, *Die Aussprache des Latein nach physiologisch-historischen Grundsätzen*, Heilbronn, 1885, p. 276.

tanto *m* com *n*<sup>16</sup>—, en la cronología del latín no parece razonable que puedan interpretarse esas grafías ni siquiera como pseudoetimológicas; pero tampoco creemos que respondan a meros errores materiales. En nuestra opinión deben entenderse como grafías con un cierto valor de testimonio fonético: en todos esos casos tiene lugar una anticipación psicológica de *-m* final que refleja un intento de refuerzo articulatorio de *-m* final y testimonia por añadidura una pronunciación de la misma cercana a *n*. En otras palabras, son grafías inversas, hipercorrectas, de *m* por *n*, como lo son aquellas en que se escribe como *m* una *n* final de un nombre, como en *nomem*, o una *n* de tercera persona de plural que llega a convertirse en *n* final por la pérdida de *-t*. Son ejemplos, todos tomados de Diehl, como *egerum* (= *egerunt*), *fecerum* (= *fecerunt*), *curarum* (= *curarunt*)<sup>17</sup>. En efecto, sólo muy raramente se testimonia de manera directa en los textos la simplificación de *-nt* en *-n* en las terceras personas de plural —hemos hallado en los papiros de Ravenna *distraxerun*<sup>18</sup>—, debido a que en la escritura se tienden a proteger los finales morfológicos y un final *-n* no puede serlo en latín, especialmente si se trata de morfemas personales. Por la misma razón es relativamente frecuente la aparición de *t* por *-nt*, que indudablemente no testimonia el mantenimiento de la oclusiva del grupo, sino que representa la vacilación del escriba que oye un solo sonido y escribe *t*, bien reconocida como desinencia personal, porque sabe que no puede escribir *n* por las razones ya expuestas<sup>19</sup>. Entre los numerosos testimonios que podrían citarse, recogemos algunos tomados también de los papiros de Ravenna: *intercedat* (= *intercedant*) 1,31; *occumbat* (*occumbant*) 7, 30; *voluerit* (= *voluerint*) 20,33; *tribuerut* (= *tribuerunt*) 37,68, etc. Pero no sólo tenemos grafías que evidencian indirectamente una pronunciación de *m* final como *n*. Como es lógico, los testimonios directos, es decir, aquellos en que aparece *n* por *m* final, son algo más numerosos: *iden*, *exanimen*, *eorun*, *libertaten*, *cun*, etc.<sup>20</sup>

Creemos que todas las consideraciones hechas hasta aquí prueban la efectiva neutralización de las nasales en latín, pero dicen algo más de lo hasta

<sup>16</sup> De acuerdo con Benveniste, tanto en los participios como en los gerundivos hay *n* etimológica, pues es la misma que se encuentra en el sufijo de infinitivo griego *-en-*. Cf. E. Benveniste, *Origines de la formation des noms en indo-européen*, París, 1962, 3ª ed., p. 129-146. En cambio, R.C. Kent postula como originarios los grupos *-mt-* y *-md-*, con restos de la nasal labial en las lenguas bálticas y germánicas. Cf. R.L. KENT, «The labial nasal before stops in primitive Indo-European», *Donum Natalicium Schrijnen. Verzameling van opstellen door oud leerlingen en beviende vakgenooten*, Nimega-Utrecht, 1929, p. 342-346.

<sup>17</sup> Cf. DIEHL, *op. cit.*, núm. 1202, p. 108; núm. 27, p. 6; núm. 1051, p. 93; núm. 1485, p. 141, respectivamente.

<sup>18</sup> Citamos por la edición de J. O. Tjäder, *Die nichtliterarischen lateinischen Papyri italiens aus der Zeit 440-700*, tomos I, III, Upsala, 1955; tomo II, Estocolmo, 1982.

<sup>19</sup> B. LÖFSTEDT, *op. cit.*, p. 123-126.

<sup>20</sup> Cf. DIEHL, *op. cit.*, núms. 297, 1003, 613, 525, 785, etc.

ahora reconocido respecto a cómo se realiza o se manifiesta esa neutralización. De acuerdo con Mariner, a quien debemos uno de los primeros estudios de conjunto sobre los fonemas latinos, el archifonema nasal se realiza en latín unas veces por medio de *n*, otras por medio de *m* y otras por medio de *ŋ* velar, dependiendo de cuál sea el entorno fónico<sup>21</sup>. Ocurriría en latín lo mismo que en español, lengua en la que, según Alarcos, la realización del archifonema está condicionada por el carácter fónico de la consonante siguiente<sup>22</sup>. Sin embargo, hay que decir que aunque la asimilación sea lo más frecuente en español, no es algo automático o necesario, como afirma Martinet<sup>23</sup>, pues también puede no darse, como reconocen todos que ocurre esporádicamente en ciertas formas de habla<sup>24</sup>, y como ocurre en determinadas variedades del español; por ejemplo, en el español hablado en Asturias, donde la nasal implosiva se realiza siempre como *n* velar ante cualquier consonante de cualquier tipo de articulación, no sólo en final de palabra, sino también en interior<sup>25</sup>. Por tanto, se ha de rechazar esa especie de determinismo que comporta que toda nasal necesariamente haya de realizarse como labial ante otra labial. Creemos que todos esos testimonios de las inscripciones y los papiros latinos no son inexplicables, sino que son fonéticos y confirman para la *m* implosiva latina un tratamiento idéntico tanto en interior como a final de palabra, una realización *n*. Es decir, hablando en términos fonológicos, la realización del archifonema nasal no estaría en latín, al menos no lo estaría siempre, condicionada por el entorno fónico, sino que se hallaría condicionada internamente; pero sobre esto volveremos al final, porque ahora hemos de ocuparnos brevemente de otro tipo de datos sobre la pronunciación de la nasal ante labial en latín: los testimonios de gramáticos y otros estudiosos que se han interesado ocasionalmente por el lenguaje.

Como es bien sabido, la ortografía latina empleaba la letra *m* ante una consonante labial. Los gramáticos corroboran esa práctica unánimemente cuando se trata de las labiales oclusivas *p* y *b*, pero sólo algunos de ellos la extienden a las labiales *m*, *f* e incluso a *v*<sup>26</sup>; ante las otras consonantes la na-

<sup>21</sup> S. MARINER, «Fonemática latina», incluido en *Fonética latina* de M. BASSOLS DE CLIMENT, Madrid, 1976, 4ª reimpr., p. 249-171, p. 262.

<sup>22</sup> E. ALARCOS, *Fonología española*, Madrid, 1974, 4ª ed., p. 181.

<sup>23</sup> A. MARTINET, *Elementos de lingüística general*, Madrid, 1984, 3ª ed., p. 100.

<sup>24</sup> Cf. A. QUILIS, *La fonética acústica de la lengua española*, Madrid, 1981, p. 213; T. NAVARRO, *Manual de pronunciación española*, Madrid, 1974, 18 ed., p. 89.

<sup>25</sup> E. ALARCOS, *op. cit.*, p. 182, nota 5.

<sup>26</sup> Entre estos últimos podemos citar a Prisciano I, 39 (Keil, *GL* II, p. 31), que constata y acepta la normativa de otros autores: «*n* transit in *m* sequentibus *b* vel *m* vel *p*, auctore Plinio et Papiriano et Probo». Mario Victorino es uno de los que añade *f* y *v* (Keil, *GL* VI, 18, 18: «quotiens igitur con praepositionem sequetur vox cuius prima syllaba incipit a supra dictis litteris, id est b f m p v...», vos quoque praepositionis litteram mutare, ut est combibit..., confundit, commemorat... convocat.»).

sal se escribía *n*. Cuando se transgreden esas normas, la tendencia es, como hemos dicho, que aparezca *n* donde debiera aparecer *m* y no lo contrario, a no ser por afán etimologizante. Los testimonios de los gramáticos no son todo lo inequívocos que deseáramos, pues cuando definen las nasales no se refieren en particular a cómo suenan ante labial<sup>27</sup>, y en la mayoría de los casos simplemente insisten en que se debe escribir *m* ante labial y *n* ante dental, pero jamás justifican esa práctica en criterios fonéticos. De todas formas, la propia insistencia de los gramáticos en la correcta ortografía de la nasal denuncia que se cometían de hecho, o que podían llegar a cometerse, faltas en la escritura de la misma; unas faltas cuya causa no puede ser otra que una escasa correspondencia entre ortografía y pronunciación. Además, los gramáticos describen como distinta la *m* en posición implosiva. Así, Prisciano afirma que *m sonat mediocre in mediis* (cita como ejemplo *umbra*), y que en inicio de sílaba suena *apertum*, a diferencia de lo que ocurre con *n*, que suena plenamente tanto en la primera parte de la sílaba como en su parte final<sup>28</sup>. Dicho testimonio, junto con el de Mario Victorino cuando dice que en *Ampelo* y *Lycambe* el sonido de la *m* es un sonido intermedio entre *m* y *n* que no se refleja apropiadamente ni un letra ni otra<sup>29</sup>, ha llevado a algunos, como Seelmann<sup>30</sup>, a considerar que ese sonido intermedio hubiera efectivamente existido, lo que permitiría explicar fácilmente las grafías de *m* por *n* y viceversa. A Seelmann se le objeta esa interpretación con el argumento de que en las lenguas románicas ese sonido intermedio no se ha mantenido; pero nosotros la consideramos muy aceptable y creemos que es de todas las hasta ahora formuladas la que más se atiene a los hechos, aunque opinemos también que los datos de los textos latinos y las informaciones de los gramáticos se deben analizar a la vista de los hallazgos de la fonología moderna y que sólo así será posible conocer algo más la naturaleza de ese sonido.

Según creemos haber demostrado antes con el análisis de los testimonios de inscripciones y papiros, cuando en la escritura latina tiene lugar una desviación de la norma, la tendencia es a que se escriba *n* por *m* ante labial y no lo contrario, es decir, *m* por *n* ante dental, de lo que cabe deducir que ese sonido intermedio de la nasal antecónsonántica debía de parecerse más a *n* que a *m*, por supuesto ante consonante dental, pero también ante consonante labial. No debe extrañar que sean tan escasos los testimonios de *n* ante

<sup>27</sup> Sólo hay un pasaje de Cicerón en torno a la cuestión, pero resulta algo contradictorio ya que, por una parte, califica como convencional el que se escriba *composuit, consuevit, confecit*, pero las aprueba porque, según él, suenan bien. Cf. *Orat.* 159.

<sup>28</sup> Cf. KEIL, *GL* II, p. 29-30.

<sup>29</sup> Cf. KEIL, *GL* VI, 16, 4 s.: «omnes fere aiunt inter *m* et *n* litteras mediam vocem quae non abhorreat ab utraque littera, sed neutram proprie exprimat, tam nobis deesse quam Graecis. Nam cum illi *Sambyx* scribant, nec *m* exprimere nec *n*».

<sup>30</sup> SEELMAN, *op. cit.*, p. 270s.

labial: la norma de escribir *m* ante *p* y *b* tenía que ser bien conocida por todo el que escribía, y, además, no tenía excepciones. Todo el que escribía sabía que siempre, ante los sonidos *p* y *b*, claramente distinguibles por hallarse en posición inicial de sílaba, la de diferenciación máxima, tenía que escribir *m*; algo muy semejante a lo que ocurre en español, aunque en esta lengua el problema se agrave un poco más debido a que ante *v*, que se pronuncia como *b*, sin embargo la normativa no establece que se escriba *m*.

Y como anunciábamos que para saber más sobre la nasal implosiva había que acudir a la fonología, para concluir diremos unas pocas palabras al respecto. En posición implosiva las consonantes nasales se hallan en una posición de neutralización, siendo en ese contexto sólo relevantes los rasgos que *m* y *n* tienen en común: la nasalidad. Dado que la labialidad o dentalidad no es significativa en ese entorno, es incluso posible pensar que ese archifonema no se realizara ni como labial ni como dental, es decir, que la nasal en la posición de neutralización no llegara a articularse por completo, sino que se produjeran sólo esas imprescindibles resonancias nasales. Pero aunque ello no fuera así, y de acuerdo con la tendencia manifestada entre otros por Jakobson<sup>31</sup>, según la cual son los rasgos articulatorios distintivos los únicos que se perciben inequívocamente por parte de los hablantes, los textos prueban que esas resonancias se identificaban con las características articulatorias de *n*, del término que precisamente por eso se debe considerar como no marcado, por parte de los hablantes, o, para ser más precisos, por parte de los escasos hablantes que, atendiendo por un momento sólo a su criterio de percepción particular, liberándose de lo que podríamos denominar como «tiranía de la forma escrita» de la palabra, se atrevieron a escribir lo que realmente oían<sup>32</sup>.

Por último, sólo nos queda ya decir que nuestros resultados confirman también con criterios fonológicos o funcionales la tesis de quienes como Moralejo<sup>33</sup> atribuyen a *n* el carácter de término no marcado en la serie de las

<sup>31</sup> R. JAKOBSON y L.R. WAUGH, *La forma sonora de la lengua*, México, 1987, trad. 1ª ed. en inglés de 1979, p. 124-125.

<sup>32</sup> No podemos dejar de reproducir el sincero testimonio de perplejidad del escritor español Enrique de Villena cuando escribe a propósito de esta misma cuestión: «la *m* e la *n* convienen en son algunas vezes en medio de dición, así como diziendo tiempo; aunque se escribe con *m* faze son de *n*; e si lo escriven con *n* faze el mismo son, e por eso algunos lo escriven con *n* aviendo de escrevir con *m*. La *m* [se muda] en *n* en compromiso (algunos se atreven a escrevir conpromisso)...», testimonio que contrasta con el de Nebrija cuando justifica la regla de escribir *m* siempre ante *m*, *p* y *b* con unos criterios fonéticos que hoy en día resultarían inadmisibles, pues afirma que dado el punto de articulación de *n*, tan alejado del labial, es forzoso que la nasal ante labial se articule *m*. (Cf. F. TOLLTS, «L'ortographe du Castillan d'après Villena et Nebrija», *Revista de Filología Española* LIV, 1971, p. 53-106, p. 75.)

<sup>33</sup> La tesis de J.L. Moralejo se expuso en la conferencia «El sistema fonemático latino», pronunciada en el Memorial «Sebastián Mariner Bigorra», Universidad Complutense, Madrid, 1988, cuyo original hemos podido consultar. X. Mignot, en cambio, presenta *n* como marcado en su trabajo «Phonologie pragoise et phonologie générative dans la description du latin», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* 70,1, 1975, p. 203-231, p. 214.

nasales latinas. En efecto, el que sean las características articulatorias de *n* las que aparecen en la posición de neutralización se debe entender como uno de los hechos más importantes, junto con otros de tipo articulatorio, acústico o de frecuencia relativa que pudieran aducirse, para asignar a *m* la condición de término marcado en el sistema. Por tanto, podemos decir que en latín las grafías *con* ante labial y todas las grafías *n* ante labial son, a la vez que fonológicas, fonéticas.